brir por el uso bien combinado del raciocinio y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de semejanza."

Se ve pues, añadió el Sr. Manterola, que más que de métodos diversos de filosofar, la ley de Comte, se refiere á resultados y á objetos diferentes de la investigación, que son: en el primer período, las causas primeras, en el segundo la naturaleza de las secundarias, consideradas como entidades metafísicas, y en el último, los hechos reales, los fenómenos del orden físico. Ahora bien, el que habla no cree que los objetos de la investigación humana, hayan cambiado sustancialmente en ningún período de la humanidad y antes opina, apoyado en la historia de la filosofía y de las ciencias que esos objetos han sido, son y serán siempre los mismos, á saber: el *cómo* y el *porqué* de las cosas. Sí, le parece que ha habido realmente cambio en el método, porque también se han ido modificando los medios de que se ha valido la inteligencia en la investigación; pero juzgando el expositor que dicho cambio no lo expresa en manera alguna la ley de los tres estados de Augusto Comte, se atreve á formular en sustitución de ésta, las siguientes, que acaso indiquen mejor ese cambio en el método:

"1ª Las investigaciones del entendimiento humano tienen, y han tenido siempre los mismos objetos, á saber: el *cómo* y el *porqué* de las cosas; 2º

Los resultados obtenidos, han sido con frecuencia diferentes, según las épocas, porque también se han ido modificando los medios, y con ellos los métodos empleados por el hombre, para adquirir conocimientos; y 3ª La historia de la marcha de la investigación, según los métodos empleados, podría dividirse en tres grandes períodos: en el primero el hombre, disponiendo de muy escasos elementos de observación pretende suplir con su fantasía y su razón, la falta de datos experimentales, así para conocer el *cómo* de los fenómenos, como para determinar su *porqué;* es decir, que lo mismo en las ciencias físicas que en las metafísicas, predomina, durante ese período, la imaginación y el raciocinio sobre las observaciones y la experiencia. Esta época fué pues, la de la preponderancia del método à *priori* y deductivo sobre el à *posteriori* é inductivo, y de aquí resulta que, así en el orden físico como en el metafísico, la ciencia fuera entonces en gran parte hipotética.

"En el segundo período las ciencias empiezan á dividirse y se marcan mejor sus límites y objetos. Como crecen poco á poco los medios y datos de observación, se comienzan también á separar los métodos, aplicándose de preferencia el à *posteriori* á las ciencias físicas y quedando el à *priori* casi exclusivamente limitado á las metafísicas y filosóficas. Sin embargo, la influencia del primer período se hace todavía sentir y, ella, unida á la circunstancia de que muchas veces los mismos sabios cultivan á

la vez las ciencias físicas y las metafísicas, determinan frecuentes invasiones del método de las unas en el campo de las otras, lo cual explica por qué, aún en la ciencia física ya avanzada, se ven todavía figurar entidades puramente metafísicas como medio de explicación científica y también porque los filósofos van tendiendo á apoyarse en los datos de la ciencia positiva, en sus investigaciones del orden metafísico siguiendo en gran parte el método à *posteriori* y preparando así el advenimiento del tercer período.

"Durante el segundo, que pudiera llamarse mixto, por el empleo simultáneo de ambos métodos, si bien cada uno aplicado á distintos objetos, se marca en algunos casos cierta tendencia de la metafísica á volver al primer período, exagerando los alcances de la razón, aún sin la experiencia, para llegar á las verdades, no solo del orden metafísico sino del físico. Reaccionando contra esta tendencia algunos espíritus, y observando la superioridad del método de las ciencias físicas sobre el metafísico, pretenden á su vez fundarlo todo en la experiencia y acaban por negar á la razón el derecho y la posibilidad de penetrar en el terreno metafísico, diciendo que carece de solidez y no puede llevarnos á ningún conocimiento positivo. De aquí la formación de la escuela filosófica positivista, que pudiera considerarse como la acentuación de una de las dos grandes corrientes características del segundo período, y que, con sus afirmaciones influye no poco

en abrir el camino para la tercera época, que será la definitiva y que apenas comienza á iniciarse en la actualidad.

"En esa tercera época el espíritu humano convencido al fin de que el método puramente metafísico es casi estéril en resultados, adopta para toda la ciencia el seguido con tan buen éxito por los físicos, y consiste en partir de los hechos positivos ó bien comprobados, para llegar á nuevas verdades por medio de la razón; cesa de considerar como dominios enteramente independientes la ciencia física y la metafísica, pone ésta después de aquella y como su continuación, y pretende por este medio hacer más sólidos y precisos los principios del orden metafísico, buscando como resultado posible, aunque quizá puramente ideal, que la metafísica y la ciencia positiva lleguen á confundirse formando una sola ciencia que, con la posible certidumbre satisfaga á la vez á los dos objetos capitales de la investigación, el *cómo* y el *porqué* de las cosas. Este último período, á la inversa del primero, se caracteriza por el predominio de la observación, como punto de partida, sobre la imaginación y el raciocinio."

El Sr. Manterola citó algunos hechos y razones en apoyo de la ley expuesta, indicando que ella, juntamente con la teoría del conocimiento que admite como condición ineludible para alcanzar cualquiera especie de conocimientos, los datos de la expe-

riencia como punto de partida y las facultades y leyes del espíritu como medios intelectuales para alcanzar aquel, forman la base de su doctrina filosófica; que sobre ella ha fundado su sistema de clasificación, y presume llegar á un resultado que es el que la misma ley indica, á saber: la creación de una metafísica científica. Es muy probable que estos elementos sean incompletos y dignos de crítica; pero al menos no puede negarse que tienen cierta homogeneidad, y no son simplemente retazos mal surcidos de otros sistemas.

Damos á continuación un extracto del discurso que dijo el Sr. Vigil en la sesión del 30 de Marzo:

Procuraré contestar en el menor tiempo posible las observaciones de los Sres. Manterola, Lombardo y Parra, deplorando desde luego no poseer la fácil locución del Sr. Manterola, los arranques oratorios del Sr. Lombardo, y el metodo, riguroso y la erudición científica del Sr. Parra, á fin de amenizar en lo posible cuestiones de suyo áridas para la generalidad. Ignoro si en lo que voy á decir, mi memoria ha sido bastante fiel; ruego por lo mismo á los señores á quienes contesto, que se sirvan dispensarme, si acaso no reproduzco con toda exactitud sus conceptos, pues eso sólo debe atribuirse á la causa indicada, ó bien á errores de comprensión que no ha estado en mi mano evitar.

Según he entendido, los Sres. Manterola y Lombardo suponen que en el origen suprasensible que he asignado á las ideas racionales, de conformidad

con eminentes filósofos, he asentado que el espíritu humano saca de su propio fondo esas ideas hechas, perfectamente definidas, sin que ocurran para nada la experiencia, ó sea el conocimiento sensible y han opuesto en contra la simple aptitud del espíritu para tener esas ideas que se despiertan al contacto de la experiencia. Ya en lo particular había tenido el gusto de manifestar á dichos señores, que casi estábamos conformes en el modo de considerar esta cuestión. Admitida la diferencia de origen de los conocimientos sensible y racional, los filósofos, desde Platón hasta Kant, se han dividido en el modo de apreciar la formación del último. Si se reconoce su necesaria concurrencia para que todo conocimiento se forme y perfeccione, se ha suscitado la cuestión de procedencia, estableciendo Kant y Cousin que el conocimiento racional precede lógicamente y el empírico cronológicamente, dificultad que resolvió Krause poniendo por base el conocimiento indeterminado del yo. Ahora bien, si para determinar la materia del conocimiento se necesita la aplicación de ciertas categorías, sin las cuales aquel no sería posible, parece natural suponer la preexistencia de esas categorías en el espíritu, no como conocimiento concreto que sólo puede ser fruto de la reflexión del espíritu sobre sí mismo, ni como simples formas ó modificaciones pasivas que solo por abstracción se distinguen de la materia, sino como modos de actividad psicológica que posee el espíritu en virtud de su propia naturaleza. La

distinción escolástica de prioridad de razón y prioridad de tiempo tendría aquí lugar, sin necesidad de recurrir á intervalos apreciables en actos simultáneos. Entiendo que esta explicación fija suficientemente mi modo de ver en esta cuestión que como antes he dicho difiere poco de la opinión de los Sres. Manterola y Lombardo.

El Sr. Dr. Parra ha insistido en establecer que la diferencia entre las escuelas filosóficas no debe buscarse en las cuestiones mismas, sino en el modo de resolverlas, y esto á propósito de lo que había dicho el Sr. Manterola tachando de inconsecuente al positivismo, porque faltando á su doctrina se ocupaba en cuestiones metafísicas. Yo á mi vez hice notar que no debía buscarse la comunidad de pensamiento en la solución dada á una cuestión, sino en la naturaleza de la cuestión misma. El ejemplo aducido por el Sr. Parra, aclara mi pensamiento, pues si en la cuestión de la presencia real se hayan divididos los católicos, los luteranos y los calvinistas, es fuera de duda que, por diversas que sean sus soluciones, todos ellos han tratado un punto teológico. El materialista y el espiritualista, el ateo y el deísta, se distinguen profundamente por la solución que dan á determinadas cuestiones, lo cual no priva á éstas de su carácter eminentemente metafísico. Dejo á un lado el cargo de inconsecuencia á la escuela positivista; pero sí no puedo menos de reconocer que al negar la metafísica lo ha hecho por medio de la metafísica, así como el escéptico se

vale de la razón para negar la razón. La mera abstención que profesa es ya una solución, de la misma naturaleza de las cuestiones que pone fuera de su competencia; y yo que me ocupo actualmente en organizar los catálogos do la Biblioteca Nacional, no he vacilado en colocar en la división correspondiente á la metafísica, las obras de psicología escritas por Bain y Herbert Spencer.

Grande fué la sorpresa que causó al Sr. Parra el que yo dijera que la conciliación entre las escuelas que combaten sobre el origen del conocimiento, estaba hecha en el seno de la metafísica, diciendo con tal motivo que cómo podía haberse hecho esa conciliación, cuando cronológicamente el positivismo era una escuela de creación reciente, pues no pasa del primer cuarto del presente siglo pudiendo llamársele con propiedad el Benjamín de la filosofía. Ha habido en esto una equivocación. Cuando me he referido á las escuelas rivales sobre el punto que nos ocupa, no he tenido en cuenta al positivismo, sino en general, por un lado al empirismo, y por el otro al idealismo, entre los cuales existe la verdadera oposición. No he querido tampoco decir que la conciliación entre aquellas doctrinas extremas, vengan á quitarles su carácter peculiar, realizando una fusión imposible; sino que presentando un término medio que acepta lo que reconoce como verdadero de uno y otro lado, elimina lo que hay de exclusivo, y construye un sistema, no de retazos sino de los elementos legítimos que encuentra dispersos.

Antes de pasar adelante, permítaseme expresar la sorpresa que á mi turno experimenté, al oir de los labios del Sr. Parra que el positivismo traía la conciliación deseada, no obstante haber antes manifestado que esa conciliación era imposible. Y bien, ¿en qué consiste esa conciliación? En la abstención especulativa que profesa el positivismo en toda cuestión trascendental. Trátase por ejemplo de la causa primera; el ateo dice que no existe; el deísta dice que existe; y entre esa afirmación y esa negación, viene el positivista y dice que se abstiene de resolver pues no sabe ni es capaz de saber si existe ó no existe, ni por consiguiente de que lado está la verdad. Pero ¿puede llamarse esto una conciliación? ¿Puede aceptarse esa abstención sistemática como un medio de establecer el equilibrio entre opiniones que se excluyen mutuamente? Supongamos que dos personas disputan ante un juez la posesión de una cosa; que el uno afirma lo que el otro niega; que el uno sostiene una propiedad que el otro le reclama, ¿podría considerarse como decisión conciliatoria, la del juez que dijera que se abstenía de fallar, declarando que la cuestión era superior á su conocimiento? Creo que estas sencillas reflexiones bastan para convencernos de que bajo ningún aspecto puede aplicarse al positivismo el papel conciliador que le atribuye el Sr. Parra.

Hay otros puntos que pueden considerarse como secundarios en el presente debate, y que por no estar de acuerdo, tocaré solamentente de paso. El

Sr. Parra nos presentó á Bacon y Descartes como dos enemigos acérrimos de la metafísica; como dos adversarios formidables de la deducción. En mi concepto, tal apreciación está muy lejos de la realidad. Cierto es que el genio inmenso de Bacon dió al método inductivo una importancia de que antes había carecido; que abrió á la ciencia caminos nuevos por donde ha llegado al puesto culminante que ocupa en nuestro siglo: pero no es cierto que deba con justicia ser colocado en la escuela sensualista que niega todo conocimiento trascendental. El no se ocupó en la cuestión del origen de las ideas y á pesar de lo que en su contra se ha escrito todavía en nuestro siglo, como el Conde de Maistre que lo ataca con virulencia indigna de un filósofo, la verdad es que Bacon no rechazaba el silogismo; que en sus ideas religiosas era casi ortodoxo, y por último, quien ha escrito estas memorables palabras: "Un poco de filosofía natural hace inclinar á los hombres hacía al ateismo; un conocimiento más profundo de esa ciencia los atrae á la religión," no puede ser considerado como enemigo irreconciliable de todo conocimiento superior á la experiencia. En cuanto á Descartes, el verdadero creador de la filosofía moderna, sobre cuyas huellas han caminado pensadores tan ilustres como Leibnitz, Malebranche y Spinoza, la imputación aparece todavía más desnuda de fundamento, pues basta solo recordar la superioridad con que estableció la existencia de ideas que no vienen de los sentidos, y cómo di-

lucidó la noción del infinito, mostrando su valor objetivo y fundando sobre ella la verdadera prueba de la existencia de Dios, para quedar convencidos de que no se le pueda contar entre los enemigos de la metafísica.

Partiendo del antagonismo que supone el Sr. Parra entre la inducción y la deducción, sostenidas por las escuelas rivales, nos ofrece como una conciliación del positivismo el que éste admite ambos métodos, citando en prueba de ello el sistema de lógica deductiva é inductiva de Stuart Mill. Aquí es preciso fijar un poco la atención, y examinar lo que hay de verdad en el fondo de palabras que pueden ser tomadas en muy diverso sentido. Cierto es que Stuart Mill habla de deducción; ¿pero significa ésta el procedimiento que con ese nombre se ha conocido en filosofía? Basta simplemente recordar que el autor citado desecha todo principio universal y absoluto; basta recordar su célebre teoría del silogismo, para ver que esa deducción no es tal deducción en el genuino y legítimo sentido de la palabra. Pero hay más: sabido es que los filósofos, impelidos por la necesidad natural de investigar los primeros principios, han buscado una base suficientemente amplia y segura en que fundar la inducción, método á primera vista audaz y temerario, que nos hace pasar de lo conocido á lo desconocido, de lo particular á lo general; pero esa base que por primera vez formuló Newton, ha debido tener un carácter eminentemente racional para que satisficiese á las

condiciones exigidas. Pues bien, Stuart Mill acepta también esa base; él admite que el raciocinio inductivo descansa en la ley de causalidad, en la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza; pero no dando cabida á ninguna noción *á priori*, claro es que tenía que fundar esa ley y esa inmutabilidad en la experiencia, ó lo que es lo mismo, apoyar la inducción en la propia inducción, lo que equivale desde luego á un círculo vicioso. De aquí se sigue como consecuencia ineludible que de un golpe viene abajo tanto la induccion como la deducción; ésta, porque malamente se ha querido fundar sobre aquella y la primera, porque se le ha asignado una base de tal manera restringida que no soporta ninguna generalización.

Por lo demás, el mismo Stuart Mill, obedeciendo á la necesidad lógica de su principio, ha arruinado todo su sistema, como aparece en el siguiente párrafo que traduzco literalmente.

"En esas partes remotas de las regiones estelares, en donde los fenómenos pueden ser enteramente diferentes de los que conocemos, sería insensato afirmar atrevidamente el imperio de la ley de causalidad, lo mismo que el de las leyes especiales, reconocidas como universales en nuestro planeta. La uniformidad en la sucesión de los acontecimientos; en otros términos, la ley de causalidad, debe ser aceptada, no como una ley del universo, sino sólo de esta parte del universo, abierta para nosotros á investigaciones seguras, con extensión en un grado